

M.<sup>a</sup> CARMEN ANSÓN CALVO

**BALTASAR CARLOS Y ZARAGOZA**  
*APUNTES DE UN RECUERDO*



**CUADERNOS DE ZARAGOZA**  
**n.º 17**

BALTASAR CARLOS Y ZARAGOZA  
APUNTES DE UN RECUERDO

*M.<sup>a</sup> Carmen Ansón Calvo*

BALTASAR CARLOS Y ZARAGOZA  
APUNTES DE UN RECUERDO

Lloraba la Monarquía española la muerte de sus tres infantas, hijas de Isabel de Borbón y Felipe IV de Castilla, que apenas vieron la luz (\*), cuando el nacimiento de un príncipe, Baltasar Carlos, serenó los ánimos del pueblo español. Nació el príncipe un miércoles (17.X.1629) a las siete de la mañana. Le bautizó el cuatro de noviembre siguiente en la parroquia de San Juan, que era la de Palacio, don Antonio Zapata, Cardenal e Inquisidor General de España y fueron padrinos la infanta María y el Señor Infante don Carlos. Acompañaron el acontecimiento los Consejos de Castilla, de Aragón, de la Inquisición, de Italia, Flandes, Indias, de Ordenes, de Hacienda y de Cruzada y todos los títulos que se hallaron en ese día en Cortes.

El nacimiento de Baltasar Carlos fue acogido por sus súbditos con gran alegría. Madrid entero, al conocer la buena nueva, ardió en fuegos y luminarias. Todos los reinos daban muestras de su regocijo. Zaragoza compartió la alegría general con un Te Deum en la iglesia metropolitana de la Seo (1). El Capítulo y Consejo se reunió para discutir sobre las fiestas que la ciudad debía de hacer "por que la reina ha parido un príncipe" (2). El pueblo zaragozano se enteró esa misma noche de la gran noticia por un pregón público y las dos noches siguientes toda la ciudad se embelleció con luminarias.

---

(\*) Margarita María (2.VIII.21) vivió dos días; Margarita Marta (25.XI.23) murió a los veintinueve días y la infanta María (21.XI.25) no pasó de un año.

(1) A. M. Z. *Libros de Actos Comunes*, 1629, 22.X.1629.

(2) *Ibid.*

De todas las festividades que hizo la capital del reino de Aragón, ordenó el Capítulo y Consejo de la ciudad que se enviase relación en una carta a su Majestad, Felipe IV de Castilla, III de Aragón. Zaragoza quería que la realeza conociese sus esfuerzos por halagarle, pues gran esfuerzo era para ella cualquier acto en aquellos momentos de poco boato económico. A esto se alude cuando el Consejo manda hacer una procesión general solemne por el nacimiento del Príncipe y también en su reunión del 22 de noviembre de 1629 cuando manifiesta su preocupación por no haber celebrado más fiestas, haciendo constar en acta que "teniendo en cuenta las fiestas hechas en todos los sitios por el nacimiento del Príncipe y las pocas que aquí, siendo cabeza de la Corona, se han determinado hacer y ya que para fiestas ha pasado demasiado tiempo, se celebren cuatro misas y no más fiestas, pues ya sabe el rey lo poco que la ciudad debe de gastar" (3). Las misas solemnes se celebraron en los templos de la Seo, el Pilar, Nuestra Señora del Portillo y Santa Engracia.

#### INFANCIA.

La niñez de nuestro Príncipe debió de ser la normal en un muchacho sano de su edad y podemos imaginarlo en su primera infancia rodeado de sus meninas y ocupado en entretenimientos infantiles.

Tuvo destacados maestros, como don Juan de Isasi, caballero de gran capacidad y experiencia. Ayudó en su instrucción el padre Francisco Antonio Camasa y fue su principal guía en el arte militar don Diego de Guzmán y Messia, marqués de Leganés y Morata, quien incluso le llevó un tiempo en su Compañía. El Conde-Duque le instruyó en los asuntos políticos y, a pesar de que algunos historiadores incluyen al Príncipe en la conspiración para echar del poder a Olivares (4), no parece que existieran diferencias entre ellos, sino todo lo contrario. Del Conde-

(3) A. M. Z. *Libros de Actos Comunes. Año 1629.* 5.XI.29.

(4) HAUSER, H. *Le preponderance espagnole.* París, 1933, página 327.

Duque es un escrito íntimo (5) en el que instruye a Baltasar Carlos sobre los diferentes tratamientos que ha de dar a los reyes, embajadores, etc., de los distintos países. De este escrito, por el tono de su redacción, puede deducirse el afecto que sentía hacia el Príncipe, afecto que debía ser recíproco a juzgar por las cartas de despedida de ambos, tras la caída de Olivares (6).

La educación del Príncipe no podía ser más completa. En ello, nos dice Ustarroz (7), influía la inteligencia y humanidad de Baltasar Carlos, a quien describe como "buen conversador en materia de aprovechamientos y ejercicios virtuosos". Dicen que su inteligencia era tal que aprendió a leer en un mes y a escribir en veintitrés días. Su interés y curiosidad por las artes y las letras era manifiesto y parece que tenía gran facilidad para los idiomas. Conocía perfectamente el italiano y el francés, y traducía con bastante perfección el latín. Contarini (8) describió al Príncipe a los trece años como muy capaz en el estudio, entendiendo y hablando muchas lenguas. Si algo sabemos de las hablillas cortesananas sobre el heredero de los Austrias lo debemos a este autor. No sabemos si receloso de la influencia que para el joven Príncipe pudiera tener la Condesa de Olivares o por qué causa, el hecho es que en sus obras expresa el poco agrado con que veía el pueblo el que siempre estuviese entre las damas de Palacio, sin hablar con caballeros de sus años. A su edad, nos dice, todos los príncipes que le han precedido tenían ya casa propia. A este respecto, alude a la continua presencia de la Condesa de quien necesita permiso para todos sus actos. No faltaban malos intencionados entre los cortesanos que culpaban al Conde-Duque de esa protección asfixiante, con el único fin de que nadie dijera al Príncipe cosas suyas "que pudieran desacreditarle".

(5) *Advertimientos del Conde-Duque al Señor Infante don Carlos.* Recogido por G. Marañón en el apéndice XXI de sus *Obras Completas.* Vol. V. Ed. Calpe, Madrid, 1970, p. 933.

(6) MARAÑÓN, G. *Obras Completas.* El Conde-Duque de Olivares. Espasa Calpe, Madrid, 1970. Vol. V, p. 742.

(7) USTARROZ, J. F. Andrés de *Obelisco histórico.* Zaragoza, 1646, p. 42.

(8) CONDE DE LA ROCA. *El Embajador.* Sevilla, 1620, II, p. 109.

Marañón (9) nos recordará que de Baltasar Carlos tenemos los retratos de Velázquez “de tan profundo realismo que nada de lo que nos digan de su persona puede reemplazar a lo que definitivamente nos dijo de su cuerpo y de su alma el pincel del sevillano”. Siguiendo al mismo escritor, los elogios de su figura y su inteligencia son notables. Une en él todas las virtudes maternas y lo hace portador de una energía capaz de renovar la vitalidad agonzante de los Austrias.

Las referencias que de él nos hacen sus contemporáneos reiteran las alabanzas por su simpatía y buen talento y los hay tan exaltados que lo presentan como “el ser que eclipsó el sol” (10).

Así pues, hasta aquí, podemos imaginar a Baltasar Carlos como un niño bien cuidado que reparte su tiempo entre los juegos y los estudios. La muerte de su madre, la reina Isabel de Borbón, trocará bruscamente su vida y le hará hombre. Aconteció el óbito de la reina en Madrid, la tarde de un jueves, 6 de octubre de 1644. Sus contemporáneos dicen que su muerte fue tranquila porque marchaba con la satisfacción de haber podido, tras tantas frustradas maternidades, dejar asegurada la corona y la dinastía en su hijo, el Príncipe, a quien amaba muchísimo. Este luctuoso hecho, como dije, convierte al niño en hombre. Será la primera vez en la vida del Príncipe que su padre, el Rey, le concede en un acto el Augusto Dosel y la Real Cortina y así aparecerá *solo* en ella en los funerales de su madre.

La simpatía popular hacia el joven Príncipe creció con su ejemplar presencia en las exequias de su madre. La dinastía necesitaba algo en que apoyarse y ponía todo su empeño en la última esperanza.

---

(9) *Op. cit.*, p. 740.

(10) Guzmán SUÁREZ, V. En sus *Rimas varias en alabanza del nacimiento del Príncipe nuestro Señor, Don Baltasar Carlos Domingo*. Porto, 1630, nos dirá “Tierno Sol, en cuyo Oriente nace el Sol cuasi cenoso”, etc.

#### JURAMENTO COMO PRÍNCIPE DE ARAGÓN.

Castilla había ya jurado a su Alteza el Príncipe de las Españas y Rey del Nuevo Mundo el 7 de marzo de 1632 cuando sólo contaba dos años, cuatro meses y diecinueve días (11). Se celebró el juramento en el Real Convento de San Jerónimo con toda solemnidad propia del acto, en un tablado alto que ocupaba el crucero hasta la división de la iglesia y estuvieron presentes las más altas personalidades españolas de la época. Ahora, años más tarde, en el verano de 1645, el Rey se disponía a que su hijo fuese jurado Príncipe en Zaragoza y así declaró su propósito a los diputados del Reino y a los jurados de la ciudad, advirtiéndoles que el juramento se debía efectuar en la santa iglesia metropolitana. Este acontecimiento introducirá a Baltasar Carlos en Zaragoza y hará que su persona esté vinculada para siempre a la historia de ella.

El Rey veía con el juramento en Zaragoza una forma de ganarse a los aragoneses. Falta hacía a la Corona su alianza, pues, nuestra ciudad, que se había convertido en cuartel general durante la guerra de Cataluña, veía muy mercados sus intereses y sus gentes y necesitaba algún aliciente con que acallar su descontento (12). La venida del Príncipe y la solemnidad del acto de su juramento podrían paliar un poco las quejas del pueblo.

Los tiempos no eran muy pujantes para fiestas y, por otra parte, la muerte de la reina celebraba su segundo cabo de año. Recordando el luto por su esposa, el rey mandó que no se hiciese la entrada del Príncipe a la ciudad con palio ni se vistiese de brocado y suntuoso el ilustrísimo don fray Juan Cebrián, arzobispo de Zaragoza por aquellas fechas, y gran amigo de Felipe III (IV de Castilla). Asimismo, prohibió que el Justicia de Aragón, los diputados y

---

(11) GÓMEZ DE MORA, J. *Juramento en Castilla del Príncipe Baltasar Carlos*. Madrid, 1632, p. 5.

(12) En el A.M.Z., en el A.C.S.Z. y en el A.D.Z. se registran continuamente las peticiones de levadas y dineros por su Majestad y lo mal acogidas que son ambas peticiones.

la ciudad saliesen a recibir a su Alteza a la puerta mayor de la Seo, sino que esperasen en el tablado que se había fabricado para ello (13).

Para la ceremonia de tan suntuoso acto se dispuso la iglesia de la Seo al gusto de la época (14). Elevóse el suelo a nivel del presbiterio mediante un estrado de dos palmos de alto sobre el que se levantaba un tablado o teatro de 30 × 36 palmos al que se subía por siete gradas. Todo él estaba preciosamente engalanado, cubierto de alfombras y rodeado por una baranda de tres palmos de alto, cubierta de terciopelo y damascos. Sobre cuatro gradas, que le rodeaban por tres lados, se alzaba una tarima de una vara de altura y una superficie de 10 × 11 palmos. En ella se alzaba el trono con dosel, sin cortina, para que viesan todos al Príncipe. Predominaba en la decoración el color rojo, porque el rey don Pedro el Ceremonioso, en el libro que escribió de los Oficios de su Real Casa, dejó advertido que en las fiestas que en ella se hiciesen, el trono real se adornase de brocado y terciopelo carmesí (15). El Presbiterio y columnas próximas al tablado se adornaron con rica tapicería de Túnez, que representaba las gloriosas empresas del emperador Carlos V. El altar mayor se adornó con reliquias de San Valero y otros mártires, depositadas en imágenes de plata.

Así dispuesto el templo de la Seo, el domingo 20 de agosto de 1645, a las cinco de la tarde, se efectuó el acto del juramento del Príncipe Baltasar Carlos. Salieron del palacio de la Diputación los diputados del Reino con ropas de brocado carmesí de Damasco (16) precedidos por seis porteros con ropas del mismo color y así fueron al presbiterio donde se colocaron sobre el tablado; los diputados al lado del evangelio, los jurados y el Justicia de Aragón, don Agustín de Villanueva y Díez, al lado de la epístola y los Grandes del Reino hacia la parte del altar.

---

(13) USTARROZ, *Op. cit.*, p. 50.

(14) B.N.M. *Relación del juramento que hizo el príncipe N.S.N.N.* Inseratur in MS. 2377 (fols. 94-95).

(15) USTARROZ, *Op. cit.*, p. 54.

(16) USTARROZ, *Op. cit.*, p. 53.

Bajó su Alteza por una escalera que de palacio conducía a la capilla del Arcángel San Miguel, seguido por un cortejo de criados, pajes, caballeros, acroyes, costilleros, gentiles hombres, Grandes de España, entre ellos el que sería sucesor del Conde Duque de Olivares, Conde de Morente, marqueses, condes, virreyes, como don Fernando de Borja, escoltados por la guarda española y tedesca y cerrando el acompañamiento la guarda de los arqueros.

El luto era el denominador común del cortejo. Todos iban vestidos de tafetán negro, y el Príncipe llevaba el hábito y collar del Toisón de Oro.

Su Alteza llegó a la capilla mayor y todo el templo prorrumpió en aplausos cuando se sentó en el trono. No puede negarse la simpatía con que Zaragoza aceptaba a su Príncipe. Don Pedro Villanueva, protonotario de la corona de Aragón, fue el encargado de leer el juramento a Baltasar Carlos, "primogénito i príncipe de Castilla i de Aragón" estando presentes los cuatro brazos: Iglesia, Nobles, Caballeros y Universidades e importantes jurados y ciudadanos

El Príncipe juró nuestros Fueros, recordando las figuras reales de sus antecesores Pedro IV, Jaime I, Juan II, etc., y los privilegios y dotaciones hechas por ellos y su acatamiento, así como las disposiciones de las Cortes de Calatayud, Zaragoza y Monzón y Concilios y "todas y cada unas cosas en aquellas contenidas, y todos los otros Fueros, Observancias, Privilegios, Libertades, Usos y Costumbres del dicho Reino de Aragón".

Acabado de leer el juramento se puso el Príncipe de rodillas en el sitial, el Justicia de Aragón subió dos gradas y tocando el Misal dijo: "Así lo jura Vuestra Alteza" y el Príncipe, poniendo su mano sobre la Cruz y después sobre el Misal respondió: "Así lo juro" (17). El protonotario realizó el auto de juramento y Manuel de Pasamar, notario de las Cortes, hizo fe por el reino de Aragón.

---

(17) USTARROZ, *Op. cit.*, p. 69.

El juramento se leyó en lengua española “por averse usado así quando juraban los Señores Príncipes de Girona, que este es titulo que davan los Serenissimos Reyes de Aragón a sus Primogenitos” (18). Así, pues, Baltasar Carlos sería desde este momento “príncipe de Girona, Gobernador General de Aragón, duque de Montblanc y Señor de la ciudad de Balaguer”.

El afecto de sus vasallos se manifestó en repetidas ocasiones con reiterados aplausos (19) pero no en la medida que ellos hubieran deseado, pues la ciudad tenía preparadas fiestas y toros pero no las permitió Su Majestad por el luto de la reina.

No obstante, Zaragoza se vistió un poco de fiesta y toda ella tuvo iluminarias durante tres noches y el pueblo gozó de alguna diversión. Por otra parte, a pesar de no estar muy saneada su economía (20), la ciudad obsequió al Príncipe con dos mil doblas (21) llevadas en una fuente por el mayordomo de la ciudad, Pérez Burguil.

La ceremonia de la iglesia metropolitana se vio coronada por el juramento de fidelidad que los Cuatro Brazos del Reino de Aragón prestaron a su Alteza en la Sala Real de la Diputación cesaraugustana, el miércoles 11 de octubre del mismo año 1645. La ciudad volvió a vivir las fiestas de jura de su Príncipe. El Justicia llamó con pregones públicos a todos los aragoneses y a los demás habitantes del Reino para que viniesen a jurar al Príncipe.

Entre tres y cuatro de la tarde toda la ciudad pudo aclamar al Rey y a su hijo que en coche de terciopelo verde se apearon en la Diputación, acompañados de la guarda tudésca y española y seguidos de pajes, acroyes y gentiles hombres. Delante de las personas reales llevaba el estoque don Manuel de Gurrea, Conde de Luna, Duque de Villahermosa, en ausencia del Conde de Sástago.

(18) USTARROZ. *Op. cit.*, p. 70.

(19) USTARROZ. *Op. cit.*, p. 71.

(20) A.M.Z. Las Actas del Concejo de estos años recogen las quejas constantes a este respecto.

(21) USTARROZ. *Op. cit.*, p. 71.

El Rey y su Alteza ocuparon dos sillas de terciopelo carmesí y delante del Príncipe, en un sitial, se puso el libro de los Evangelios para el juramento. Caballeros del Reino, el Justicia, don Agustín de Villanueva y Díez, el regente de la Real Chancillería de Aragón, oidores de la real Audiencia, ciudadanos y notarios estuvieron presentes. Cuatro maceros ocuparon las gradas del altar, dos a una parte, dos a otra, así como los Reyes de Armas con sus cotas reales, dos a la derecha, dos a la izquierda. El lado derecho lo ocupaban dos ujieres, don Alonso de Liñán (Señor de Cetina y Conde de Contamina) y don Dionisio de Eguaras (caballero de la Orden de Santiago).

Estando los Cuatro Brazos en pie, dijo el Conde de Luna los tres mandatos: Su Majestad manda que os sentéis; Su Majestad manda que os cubráis, y por último, Su Majestad manda que os atendáis. Hecho esto los Cuatro Estados se sentaron en cinco escaños y levantándose el arzobispo de Zaragoza, don Juan Cebrián, acompañado de los obispos de Huesca y Albarracín, don Esteban Martín y don Martín de Funes, dio “un papel” a Su Majestad, quien a su vez lo entregó al pronotario, don Pedro Villanueva. El papel decía: “oferta de los quatro Braços de hazerse el juramento de fidelidad al Principe N. S. Los quatro Braços del Reino juntos en Cortes, entendido la propuesta de vuestra Majestad de que se haga el juramento de fidelidad al Principe, Nuestro Señor, ofrecen hacerlo y están pronto a ello”.

La solemne jura hecha en la Diputación zaragozana la tarde del 11 de octubre de 1645 queda reseñada fielmente en los Procesos de Cortes (22) y dice así: “*Los quatro braços de la Corte general de este reino de Aragón que están presentes juntos en Cortes, habido acuerdo entre ellos y precediendo maduro consejo y deliberación prometen y juran por sí y sus sucesores sobre la Cruz y los Santos Evangelios que tienen y tendrán al Serenísimo Señor Príncipe, Nuestro Señor Don Baltasar Carlos, hijo legítimo y natural de su Majestad el Rey Don Felipe, Nuestro Señor, y así juran al Príncipe y Primogénito durante la vida*

(22) A.D.P. “*Procesos de Cortes*”. Año 1645. Ms. 722, fol. 135.

*natural del Rey Don Felipe, Nuestro Señor, su padre y para después de los largos y felices días de su Majestad el Rey, Nuestro Señor, por Rey, en Rey suyo natural, obedeciendo y acatando de allí adelante como a su Señor Natural y como heredero y legítimo sucesor de este reino mientras su padre, el Rey Nuestro Señor, viva y después de su larga y feliz vida como Rey y por Rey suyo natural, guardándole siempre la fidelidad y vasallaje que los fieles y leales subditos y vasallos deben y son tenidos guardar a su Rey, Nuestro Señor.*

Y así todos los Señores de dicho Brazo, juntos y en forma de Brazo fueron a la Sala Real de la Diputación, y entraron y se sentaron en su puesto y después de haber jurado al Príncipe y asistido a la jura que todos los Cuatro Brazos le hicieron, todos los dichos Señores volvieron al dicho su Estamento y Brazo.

Redactó el juramento el doctor Juan Francisco Andrés Ustarroz, recién nombrado cronista del Reino (23), quien conoció personalmente al Príncipe.

Fueron testigos de dicho acto Juan Tirado (portero de la Diputación) y Pedro San Vicente. La jura fue solemne y tranquila. No en vano el Rey había prometido al Reino que todas las apocas y recibos que habían hecho los ministros de Su Majestad las ratificaría el Príncipe, rogando así que “quando jure el Principe no se haga el protesto que se hizo quando juró el principe Don Felipe, de gloriosa memoria y abuelo de Su Majestad” (24).

El acto estuvo muy concurrido y a pesar de ser el salón muy capaz no pudieron entrar muchas personas que “por

---

(23) A.D.Z. *Procesos de Cortes de 1645*. MS 722, fol. 1322. Registra el nombramiento de “cronista” en el brazo de los caballeros e infanzones al doctor J. F. Andrés con un aumento de 100 libras de salario.

(24) A.D.Z. *Procesos de Cortes. Año 1645*. MS 722, fol. 131a.

sus cualidades” tenían razones para estar en el acto (25). Todas las familias nobles, citadas fielmente por el cronista del Reino, desfilaron en el juramento. No faltaron los Bardaxi, los Urrea, Palafox, Ximénez Cerdán, Funes Villapando, Fernández de Híjar, caballeros, el clero y ciudadanos notables.

Una vez acabado el juramento, Manuel de Pasamar, a requerimiento del Rey y por petición de los Cuatro Brazos, hizo auto público de aquel juramento y Su Majestad y Alteza marcharon en la carroza que habían venido, acompañados de un gran séquito.

Si nos remontamos un poco al ambiente de la diecisiete centuria, podemos imaginarnos Zaragoza en los días de la estancia del Príncipe con un tono festivo. Sus habitantes no estaban acostumbrados a la presencia de tan egregios personajes, ni al desfile de lujo y colorido que su séquito y las altas personalidades de la ciudad daban al ambiente. Por eso Zaragoza debía de estar desbordante de alegría y muy concurrida. Así debió de verla el Príncipe Baltasar Carlos cuando encargó a su pintor de cámara, Juan Bautista Mazo, que la inmortalizase en un cuadro.

Junto a su juramento como príncipe, todavía tendría Baltasar Carlos algún motivo más de ligazón con Zaragoza. En ella, tras su vuelta del reino de Navarra, donde había sido jurado Príncipe de Viana, se concluyeron los tratados para su casamiento con su prima la Serenísimas Archiduquesa doña María de Austria, como consta en la carta de notificación que el marqués de Carreto envió a los Cuatro Estados de este Reino, fechada en Zaragoza a seis de julio de mil seiscientos cuarenta y seis (26).

#### MUERTE DE BALTASAR CARLOS.

Todas las esperanzas puestas en el joven príncipe se vieron fallidas en el otoño de 1646 y también de nuevo en

---

(25) USTARROZ. *Op. cit.*, p. 80.

(26) USTARROZ. *Op. cit.*, p. 106.



Zaragoza. El dos de octubre sintió el Príncipe decaimiento y flaqueza (27) pero no pareció darle importancia. El jueves, día de San Francisco, se confesó y comulgó y por la tarde fue con su padre, el Rey, a ganar el jubileo al convento de San Francisco. Según Ustarroz, el concurso de gente fue grande y fue tal el aplauso que parecía no habían visto nunca al Príncipe (28).

Al día siguiente, viernes 9 de octubre, asistió con Su Majestad en la tribuna de la santa iglesia metropolitana, en cuyo presbiterio estaba la Real Capilla, a las Vísperas por el segundo aniversario de la muerte de su madre (29). Estando allí sintió primero erizos de frío y después una calentura maligna. Ustarroz describe muy bien su enfermedad, a la que achaca dolores vehementísimos en los riñones y en la espalda que duraron toda la noche, de tal forma que al día siguiente, sábado, no pudo asistir a la misa de cabo de año de su madre y bajó solo el Rey (30). Se le sangró tres veces, pero ni ventosas, ni remedios pudieron con el mal. El mismo autor relata la gran humanidad de Su Majestad y la angustia que sintió durante los días que estuvo enfermo el Príncipe. El Rey preguntaba ansiosamente el lunes si su hijo podría salvarse. La ciencia en aquel tiempo cifraba todo en que "si su Alteza sudaba y las viruelas (dolencia del Príncipe) se hinchaban, podría quedar libre de la enfermedad".

La noche fue bastante dura para el enfermo y para el Rey que durante ella envió cinco mensajes preguntando por la salud de su hijo.

Al amanecer "vino el sudor y las viruelas cubrieron su cuerpo". Su Alteza se serenó y pidió la Confesión. Al cabo de dos horas su enfermedad se agravó sobremanera y así el martes a las ocho de la mañana, el señor arzobispo de Zaragoza con el cabildo y demás clerecías llevó el viático

(27) USTARROZ. *Op. cit.*, p. 134.

(28) USTARROZ. *Op. cit.*, p. 114.

(29) A.C.S. *Libros de Gestis. Año 1646*. Fol. 67.

(30) *Op. cit.*, p. 114.

a su Alteza (31).

La ciudad entera participó en el dolor real. Pidiendo la intercesión celestial se hicieron rogativas y una procesión con todas las religiones y parroquias que llegó hasta el convento de El Jesús donde se había llevado la imagen de Cogullada y desde allí, con muchas hachas encendidas, llevaron la santa imagen a la Seo bajo palio. La procesión fue por la Portaza, Coso arriba hasta la calle Nueva, de San Gil a San Pedro, calle Cuchillería y de allí al altar mayor de la Seo donde se colocó la Virgen con dosel y velas. Desgraciadamente para España la ciencia no pudo con el mal del Príncipe y éste falleció el 9 de octubre, martes, a las ocho y tres cuartos de la noche a los diecisiete años menos ocho días (32). Toda la ciudad se vistió de luto. A las once de la noche se devolvió la Virgen de Cogullada al convento de El Jesús en procesión y al día siguiente, miércoles, las campanas de la iglesia metropolitana comenzaron su ininterrumpido tañir a muerto". A imitación de ella todas las parroquias y conventos lo hicieron por su Alteza (33). El ambiente no podía ser más triste.

A las ocho de la noche el Patriarca y don Fernando de Borja, ayo de su Alteza, "traxeron las partes menores en una caxuela de carmesí con galón de oro y enterraronse en el presbiterio, bajo una piedra de mármol negro (34)" que hoy todavía puede visitarse en el templo de la Seo.

Distintos investigadores han dado por cierto que el corazón del Príncipe se depositó allí. Así lo aceptan Gas-

(31) A.C.S.Z. *Libro de Gestis de 1646*. Fol. 67.

(32) USTARROZ. *Op. cit.*, p. 126.

(33) A.C.S.Z. *Libro de Gestis. Año 1646*. Fol. 69.

(34) *Ibid.*

cón de Gotor (35), del Arco (36) y Madoz (37). Hoy podemos aceptar mejor que fueron las partes menores, como queda reseñado en las actas contemporáneas del Archivo metropolitano, las que, al embalsamar el cadáver, se quitaron y dejaron aquí. En esta línea parece estar Ustarroz (38) al decir que estuvo el cuerpo veinticuatro horas en la cama "de la suerte que había espirado y después lo embalsamaron y lo interior del cuerpo, en una caja de plomo, se enterró en la parte del evangelio en el presbiterio de la iglesia metropolitana".

Dos días después de su muerte pusieron el cadáver en el salón grande del Palacio Arzobispal en forma de capilla real con bancos de grandes y bancos de honor y sobre un estrado majestuoso estaba la tarima, debajo de un dosel de brocado, y el ataúd cubierto de terciopelo rojo, con galón de oro (39). Su Alteza no estuvo al descubierto, como es costumbre para la realeza, porque en Zaragoza no había cama real y la breve enfermedad no dio tiempo para traerla de Madrid (40). Así, pues, el Príncipe quedó en el gran salón y en él se dijeron las misas cantadas y otras rezadas, que se celebraban continuamente. Al día siguiente todas las parroquias y conventos, conforme tenían dispuestas las misas, cantaron sus responsos y la ciudad entera fue a decir el último adiós a su Príncipe. Tal fue la concurrencia que Ustarroz (41) nos dice que "la guardia harto hacía en detenerle" y cuantos contemplaban al Príncipe no podían reprimir las lágrimas.

Los días siguientes se dijeron misas en todos los Conventos de la ciudad y el martes, día dieciséis, se bajó el cuerpo de su Alteza del estrado real y los gentiles hom-

---

(35) GASCÓN DE GOTOR, A. *Zaragoza artística, monumental e histórica*. Zaragoza, 1891. Vol. II, p. 152.

(36) ARCO R. del. *Efemérides zaragonas*. Huesca, 1941, páginas 368 y ss.

(37) MADDOZ. *Diccionario geográfico e histórico de España y sus posesiones de ultramar*. S. V.

(38) USTARROZ. *Op. cit.*, p. 132.

(39) A.C.S.Z. *Libro de Gestis. Año 1646*. Fol. 69.

(40) USTARROZ. *Op. cit.*, p. 133.

(41) USTARROZ. *Op. cit.*, p. 132.

bres de Su Majestad lo pusieron en el patio sobre unas andas de brocado carmesí. Dos trompetas de Su Majestad anunciaban el motivo de su tristeza con sus potentes instrumentos acompañados por el tañir de las campanas. El cortejo fue impresionante. Detrás de la Casa de su Alteza, cuarenta y ocho religiosos de las Cuatro Ordenes de Santo Domingo, San Francisco, del Carmen y de San Agustín, como es costumbre en acompañamientos célebres, toda la nobleza, el clero y el Arzobispo asistieron a la misa. Después, el cortejo fúnebre comenzó su viaje hacia San Lorenzo de El Escorial y pasó por Muel, Longares, Cariñena, Daroca y Used, donde aguardaban ya los guardias de Castilla. En todos los pueblos aragoneses se celebraron misas y lutos solemnes.

#### EXEQUIAS.

Las exequias del Príncipe se hicieron en Zaragoza los días 20 y 21 de noviembre de 1646 y tras largas deliberaciones se erigieron dos capillas ardientes: una en la Seo y otra en la Plaza del Mercado. La superintendencia de la pintura en el ornato de los túmulos se encomendó a Rafael Pertus, gran pintor feligrés de la parroquia de San Pablo (42).

Se pregonaron la vigilia y exequias para los días 20 y 21, y en recuerdo del día de la muerte, se comenzaron las honras fúnebres el martes. El túmulo del Mercado, mayor que el de la Seo por ser más amplio el lugar, levantaba 144 palmos del suelo (43) y tenía de ancho 62. Presentaba un primer cuerpo de orden dórico con una altura de 60

---

(42) ANSÓN CALVO, C. *Contribución al desarrollo de una metodología para la utilización de computadoras en el aprovechamiento de los archivos parroquiales; la parroquia de San Pablo de Zaragoza en la primera mitad del s. XVII*. Tesis Doctoral. Zaragoza, 1974. Fue este pintor de vida longeva, murió a los 84 años y vivió en la calle de la Cedacería (actual Escuelas Pías). Ficha número 16.816, de mi archivo de difuntos. Estaba casado con María Aranguren y se enterró en la capilla del Milagro "a bando".

(43) USTARROZ. *Op. cit.*, p. 149.

palmas, sostenido por un pedestal con artonados en blanco, negro y oro, al que se ascendía por catorce gradas. En el friso, en vez de metopas, había calaveras y coronas reales alternadas y en los ángulos de la cornisa, las armas de Zaragoza. En las esquinas ocho banderas con los timbres reales. En medio, sobre una tarima elevada, se encontraba el féretro real con un paño de brocado y la corona. En las cuatro esquinas, los cuatro reyes de armas con lobas y un poco más separados los cuatro maceros engalanados con sus mazas. A los pies del féretro real un epitafio escrito en castellano al príncipe Baltasar "a cuya gratissima recordación el senado cesaraugustano dedica esta memoria en señal de su dolor y cariño" (44). El de la Seo era semejante pero no de tanta grandeza. Todas las parroquias excepto la de San Pablo, por estar en su área urbana erigido el túmulo y estar ella en la custodia de su capilla ardiente, salieron presididas por la metropolitana y fueron procesionalmente por las calles de la Frereria y calle Nueva hasta llegar al Mercado. Allí esperan el Virrey, la Ciudad y el Consejo de la Audiencia Real a la parte que cae la cárcel Nueva, la Diputación y Corte de Justicia de Aragón a la parte que cae a San Pablo, todos presididos por el Señor Arzobispo (45). Se celebraron Vísperas y se dijeron oraciones fúnebres. Lo mismo se hizo en la Seo y el desfile que fue hacia el Mercado, todo de luto, fue impresionante.

El miércoles, día 21, salieron los lutos de las casas de la Ciudad; el Cabildo con las religiones y parroquias fueron, con las cruces levantadas, al túmulo y, allí, el arzobispo, vestido de pontifical (pluvial negro y mitra), dijo la misa pontifical. Después de un responso se bajó el féretro real a hombros y se formó un cortejo encabezado por el virrey, don Antonio Enrique de Guzmán, el regente general, el zalmedina, los jurados, regente de la Cancillería y llevaron el féretro hasta la Seo. Acompañado por la iglesia metropolitana, parroquias, conde de Luna, conde de Belchite, y distintos nobles, se hicieron las últimas honras fúnebres. Allí, frente a la tumba real, en un tarjón negro

(44) USTARROZ. *Op. cit.*, p. 150.

(45) A.C.S.Z. *Libro de Gestis 1646*. Fol. 79.

sobre caracteres de oro, se puso un epitafio dedicado a "Balthasar Caroluss, asturiarum, gerundae et vianae princeps ac aragoniae gubernator" que la ciudad ofrecía en señal de afecto y de tristeza.

No quiso Zaragoza que pudiera olvidarse a su Alteza y así convocó un "Certamen poético sobre el Príncipe Baltasar Carlos" a fin de que se cantaran su inteligencia, su enfermedad y muerte, y el dolor que la ciudad de Zaragoza había sentido por ello. Los actos fúnebres habían sido numerosos y las exequias reales costaron a la ciudad 100 libras jaquesas. No obstante, aunque Zaragoza no tenía una economía muy boyante aquellos años, quiso demostrar una vez más su amor al desdichado Príncipe y fundó un aniversario de 1.000 ducados de pensión cada año a cuenta del arzobispado. A este respecto no debemos olvidar la amistad entre el Rey y nuestro arzobispo que fue el encargado de llevar el cuerpo del Príncipe a San Lorenzo de El Escorial y según la documentación contemporánea lo hizo a su costa (46). Así compartía el amor de su padre el Rey que, sumido en un profundo dolor, se retiró el miércoles al Real Convento de Santa Engracia, de la Orden de los Jerónimos, y en él estuvo en la Celda prioral hasta el sábado 27 de octubre que fue a visitar a la Virgen del Pilar. Después, no salió hasta el sábado, 3 de noviembre, en que fue a celebrar las Cortes a la Real Sala de la Diputación (47).

Es obligado hacer constar que si bien la muerte del Príncipe fue motivo para celebrar los funerales y exequias propias de su rango, estos contrastan con la poca trascendencia que el procurador de muertos de la iglesia metropolitana de la ciudad dio a su persona al inscribir el óbito en su libro de defunciones. Sin ninguna norma extraordinaria, sin ningún apartado especial, al final de un folio se encuentra registrada la escueta acta de defunción del Príncipe (48).

(46) A.C.S.Z. *Libro de Gestis de 1649*. Fols. 13 y 84.

(47) A.D.Z. *Procesos de Cortes. Año 1646*. Fol. 1.385. Hay una carta del obispo de Málaga que está en compañía de Su Majestad, fechada en 23.X.1646 en dicho Convento.

(48) A.C.S.Z. *Cinco libros*. Vol. III, fol. 678.

La muerte del Príncipe Baltasar Carlos marcó un punto clave en la Historia de España, pues supuso un cambio drástico en su trayectoria política. Marañón (49), refiriéndose a esto, nos dice que quizás sea España uno de los países en los que la muerte prematura de algunos de sus hombres públicos haya torcido más claramente su destino. El Príncipe que con tan desbordante alegría escribió su primera carta felicitando a Don Francisco Melo por la victoria de Honencurt (26.V.1642) y por haberle enviado el estandarte de su primo, el Delfín de Francia (50), no podía ni sospechar que iba a ser alguien nacido en este país quien gobernaría España unos años más tarde e implantaría en ella una nueva dinastía: la borbónica.

Zaragoza, no obstante, debe profundo agradecimiento a Baltasar Carlos. A su generosidad y amor a la ciudad debemos la ya citada vista de Zaragoza que pintó Mazo, estudiada por Ricardo del Arco (51). Es la única vista existente de la Zaragoza del XVII. Está proyectada desde el convento del Jesús, con el puente de piedra destruido por la reciente avenida del Ebro de febrero de 1643 y con una panorámica bellísima que recoge todas las torres de iglesias y conventos existentes en la época.

---

(49) *Op. cit.*, p. 740.

(50) CÁNOVAS DEL CASTILLO, A. *Estudios del Reinado de Felipe IV*. Vol. II. Madrid, 1888, p. 134.

(51) ARCO, R. del. "En el tricentenario de la Vista de Zaragoza de Velázquez-Mazo". *Rev. Hispania*, núm. XXVIII.

#### SIGLAS UTILIZADAS

A.M.Z. — Archivo Municipal de Zaragoza.

A.D.Z. — Archivo de la Diputación de Zaragoza.

A.C.S.Z. — Archivo Catedralicio de la Seo de Zaragoza.

B.N.M. — Biblioteca Nacional de Madrid.

COMISION DE CULTURA



Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza